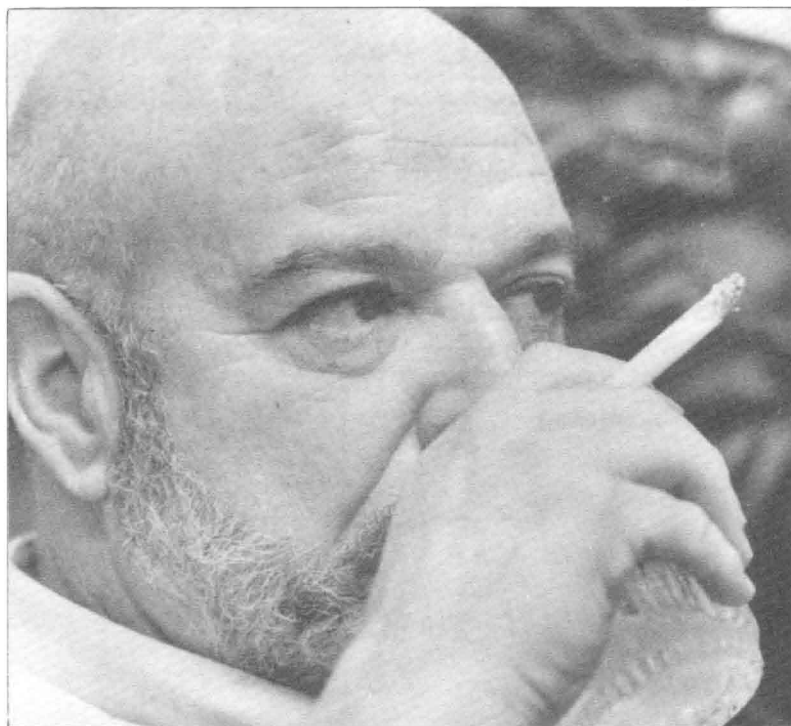


La generosidad de Jaime Gil de Biedma

por Carlos Alvarez

Cuando murió Cernuda, Jaime Gil de Biedma escribió un poema, *Después de la noticia de su muerte*, que, en realidad, podríamos pensar que se lo dedicaba a sí mismo. Imagino que muchos jóvenes poetas o no tanto que le admiraron y quisieron habrán hecho suyas las palabras que Jaime dirigía al autor de *La Realidad y el Deseo*, a través del cual había recibido -aunque también le llegara directamente pues su conocimiento de la literatura, y la poesía en particular, inglesa era profundo- una influencia no exclusiva pero sí determinante para el desarrollo de su propia obra: desolación de la quimera. El título cernudiano compendia la tristeza de gran poeta barcelonés con adherencias castellanas adquiridas en la provincia de Segovia, y podría servir también como epitafio en la tumba de quien se debatió toda su vida, tan trágicamente truncada, en un ansia de felicidad radicalmente imposibilitada por la lucidez propia y la cerrazón provinciana de una moral retrógrada establecida por mentes inquisitoriales. La poesía de Jaime Gil de Biedma se mueve entre dos polos, que en él no resultan antagónicos,

sino complementarios: la solidaridad y la introspección; una introspección en la que al análisis conmisericordioso hay que añadirle unas notas de trascendencia para que lo que de otra manera pudiera ser etiquetado como narcisismo escape a tal valoración y se convierta en advertencia de un dolor más generalizado, más plural y múltiple, más solidario también en un aspecto infrecuente. Con lo que queda dicho que hable de sí mismo o de personajes y situaciones que les son ajenos, la nota dominante de su comunicación a los demás es, vuelvo a repetir la palabra, la solidaridad. Pero también, si leemos con cuidado sus versos, fenómeno éste -el de leer con cuidado- que él habría calificado de raro, nos encontramos con una característica no señalada: a veces, expresan temor: un temor muy concreto, una angustia perfectamente específica y comprensible. Se refiere explícitamente a esa sensación -el temor- nombrándolo, en un poema de *Compañeros de viaje*: en *Aunque sea un instante*. "Aunque sea un instante, deseamos/ descansar. Soñamos con dejarnos./ No sé, pero en cualquier lugar/ con tal de que la vida deponga sus espinas./ Un instante, tal vez. Y nos volvemos/ atrás, hacia el mismo temor actual, que día a día/ entonces también conocimos. Se olvida/ pronto, se olvida el sudor de tantas noches...". Fijémosnos en unos versos de la segunda parte de *Las afueras*: "Alguien está presente/ que duerme en las afueras...". Y, después, "Si subiera al salón/ familiar del octubre/ el templado silencio/ se aterraría./ Y quizá me asustara/ yo también si él me dice/ irreparablemente/ quién duerme en las afueras". Las afueras adquieren así una inquietante ambivalencia. No es sólo una angustia social la que golpea el corazón, lacerado, de Jaime Gil de Biedma, un hombre a quien la vida ha obligado a sentirse, en cualquier ambiente, extranjero: un hombre en las afueras. "¿En qué mañana, os acordáis, quisimos/ asomarnos al pozo peligroso/ en el extremo del jardín?". Pregunta que suena como un eco de aquella tremenda respuesta cernudiana: "Diré cómo nacisteis, placeres prohibidos,/ como nace un deseo sobre torres de espanto,/ amenazadores barro-



Jaime Gil de Biedma

tes, hiel descolorida,/ noche petrificada a fuerza de puños...". La máxima emblemática de Beethoven "Por el dolor, a la alegría", se transmuta, en un hombre que igualmente posee una excepcional calidad humana, en "Por el dolor, a la solidaridad". divisa que podría adornar el pabellón heráldico de quien, aunque emparentado con la aristocracia -el condado de la Nava de la Asunción es un florón de su familia- era, en efecto, noble. Nobleza que pudo apreciar, y de la que se benefició, quien esto firma cuando, en 1962, tuvo que ponerse a resguardo del posible timbrado policial y se le acogió en el estudio barcelonés de la calle Muntaner de Jaime Gil de Biedma, y en la casa veraniega de Carlos Barral en Calafell.

Nobleza que le hizo vivir en un estado perpetuo de conciencia atribulada, de remordimiento innecesario. El, no tan amado de los dioses aunque éstos le dotaron de un considerable talento y una ventajosa posición económico-social desde la cuna, era también consciente de que la vida -aunque comprobara pronto que iba en serio- le había dejado al margen de la realidad estadística de los que se lo ganan y se lo mueren por su mano, y no han tenido la posibilidad de enterarse de la existencia de Eliot o de Auden, referencias obligadas en el mundo intelectual de Jaime Gil de Biedma, que tradujo y prologó del primero *Función de la Poesía y Función de la Crítica* (*The use of poetry and the use of criticism*). "... que me avergüenzo/ de los palos que no me han dado,/ señoritos de nacimiento/ para mala conciencia escritores/ de poesía social...". Aunque no sólo es relativamente errónea, sino absolutamente y por tanto muy generosa, la afirmación basada "en los palos que no me han dado", si esto lo dice quien, educado en plena floración del fascismo, se ve obligado a ocultar una identidad sexual que en otros tiempos conducía a la hoguera y en los años de formación de Jaime Gil de Biedma a un continuo estado de peligro -y por tanto temor-, de zozobra y frustración. Porque es imposible entender la poesía de Jaime Gil de Biedma sin tener en cuenta su homosexualidad, no sólo cuando en *En favor de Venus?* (la interrogación es mía) se expresa con relativa franqueza sobre el tema, sino a lo largo de toda su obra.

Sólo así se puede desentrañar el misterio, el porqué de tanta amargura. "Que la vida iba en serio/ uno lo empieza a comprender más tarde". *No volveré a ser joven*, uno de sus mejores poemas, hondo y patético, en admirable equilibrio de sentimiento y razón, perfecto de forma, una auténtica joya, lo demuestra así. "Envejecer, morir,/ es el único argumento de la obra". Pero envejecer, morir, *después de no haber vivido*, sino de haber estado en perpetua desazón. Asombra por ello la hondura de su compromiso con los problemas ajenos, ya que no carecía de los propios, con dimensiones de tragedia griega. Porque una relectura meditada de *Las personas del verbo* produce un sentimiento de gozosa sorpresa al comprobar - lo que quizá podría haber pasado inadvertido ante una lectura no lineal, escalonada en el tiempo, picoteando aquí y allá fragmentos de sus poemarios- hasta qué punto lo que está más allá de su propia envoltura le conmueve; la cantidad -y, desde luego, también el chispazo lírico que hay en ellos- de poemas consagrados a salirse de su pequeño mundo (no tan) afortunado, del que le quedó, según confesión propia, "esta costumbre de calor/ y una imposible propensión al mito", lejos ya de la edad de la pérgola y el tenis.

Razones de *posibilismo*, más tarde innecesarias pero dejadas correr por inercia -lo que lamentaba según me confesó- le hicieron omitir en su romance de *Moralidades En el castillo de Luna* la dedicatoria a José Luis Gallego, el trágico y grande poeta vallisoletano que permaneciera diecisiete años en prisión, varios de ellos ciego, y a quien *in pectore* se lo había ofrecido (y al que describe en sus versos). Es un dato de cuan atento estaba a lo que ocurría en los más sórdidos rincones de España, de los que el Penal de Burgos -símbolo por otra parte de la grandeza de la Resistencia- era paradigma indiscutible. También *Asturias, 1962*, glosa del momento de heroísmo de los mineros asturianos en huelga de dignidad alzada, o *Durante la invasión*, con la esperanza puesta en Cuba, demuestran que no siempre desembarcó en Citera Jaime Gil de Biedma. Los poemas de sus libros discurren en un movimiento pendular que en su amplitud transforma el yo en el *nos-*

tro, sin dejar de estremecerse por una herida plural, tanto cuando su exigencia ética le lleva a expresar su solidaridad con el mundo de los oprimidos por la riqueza como con el de los oprimidos por la moral... que no es sino otra de las formas de la riqueza. (En prueba de lo que afirmo, transcribo su dedicatoria manuscrita en mi ejemplar de "estos poemas -en favor de Venus- a su modo *engagés*"). Sin concesión a su propia clase, lo que equivale a decir: firmando su autocondena en el terreno social, su petición de "que la pobreza suba hasta el gobierno,/ que sea el hombre dueño de su historia" queda explícita en *Apología y Petición*, sextinas admirables, después de haber deseado, refiriéndose a los *murcianos* habitantes de las chabolas montaña arriba de Montjuich, que "sean ellos sin más preparación/ que su instinto de vida/ más fuertes al final que el patrón que les paga/ y que el *salta-taulles* que les desprecia:/ que la ciudad les pertenezca un día". La generosidad salta a la vista. Quizá no tanto que quien tan noble, desinteresadamente se expresa, había podido adquirir a lo largo de una vida, también de perseguido, un considerable fardo de resentimientos.

Queda para otros el análisis pormenorizado de su sabiduría expresiva, la calificación de su lirismo donde la distanciamiento intelectual no resta emoción *poética* al contenido de su palabra, de su verbo donde conviven diferentes personas gramaticales. Me interesaba, fundamentalmente, señalar su sentido fraternal, presente en toda su poesía. Quien estuvo condenado a ser solitario cambió una simple consonante en su biografía: se transformó en solidario. Un juego de manos que requiere una excepcional categoría humana.

Madrid, abril de 1990